

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Para vivir confiado – lleno de esperanza
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Para vivir confiado – lleno de esperanza (14 días)

Día 1

Sal. 37:5; 1.P. 5:7

Textualmente dice en el Sal. 37:5: “Echa sobre el Señor toda la carga de tu camino.” “Entrega en las manos del Eterno no solamente lo que ahora pesa sobre tu corazón, sino toda tu angustia y tus preocupaciones, pon toda tu vida con todo lo que involucra en Sus buenas manos. Deja todo temor, renuncia a tu propia voluntad, somete tu manera de pensar a la sabiduría eterna, entrega todo a Dios, pues Él es fiel en todo” (C.H.Spurgeon).

En una corta canción lo dice en forma muy precisa: “Recibe todo de la mano de Dios – pon todo en la mano de Dios – deja todo en Su mano, entonces puedes estar tranquilo.” Meditando en estos conceptos bíblicos encontraremos ayuda para vivir confiados y tranquilos a pesar de todas las cosas que nos angustian. Primero:

“Tomar todo de la mano de Dios”

Parece fácil, pero cuesta vivirlo. Pensemos en Elí, el anciano sumo sacerdote y juez de su tiempo (1.S. 1:9; 4:18). Muchos de los sacerdotes tomaron su servicio livianamente. Las actividades pecaminosas aumentaban cada vez más. Elí no era inocente respecto a esta situación. Sus hijos Ofni y Finees eran impíos y despreciaban los preceptos del Señor. (Lea 1.S. 2:12-17.22-25.) También en el pueblo faltaba el temor de Dios. La maldad aumentaba cada vez más. En Jue. 2:11-17 leemos un resumen de la situación malvada en Israel.

Así fue que “la palabra del Señor escaseaba en aquellos días” (1.S. 3:1). Si la gente no quiere escuchar a Dios, Él puede guardar silencio. ¡Si se hubieran vuelto al Señor los sacerdotes y el pueblo! Nuestro regreso al Señor tiene consecuencias: “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos y perdonaré sus pecados y sanaré su tierra” (2.Cr. 7:14).

Día 2

1.S. 2:12-18; 3:10-18

Elí había envejecido y sus hijos eran sacerdotes en Silo. Pero ellos no preguntaban por el Señor. “Su pecado era muy grande.” ¿Le faltaba a Elí el ánimo o la fuerza para estorbar sus actitudes? Elí los reprendía, pero nada más. Por eso Dios juzgaría también a Elí. Cuando Dios ya no le habla a su siervo, esto es un juicio tremendo. “La palabra de Dios escaseaba en aquellos días.”

Pero el deseo de Dios de comunicarse con sus hombres se abre camino con el joven Samuel. Él tenía que anunciar al anciano Elí el juicio de Dios. Llama mucho la atención con qué tranquilidad reaccionaba a este tremendo mensaje: “Es el Señor, haga lo que bien le pareciere.” Con esto reconoce el actuar soberano de Dios.

Si Dios pone sobre nosotros una carga pesada, es y sigue siendo Él el Señor que no se equivoca. Así es también Su actuar con nosotros. ¿Confiaremos en Él? (Lea Dt. 32:4; Sal. 145:17; 119:137.) “Es el Señor”, dijo Elí. Él tomó de la mano del Señor lo que le tocó duramente y aún más adelante caería sobre él.

¡Aceptar todo de la mano de Dios! No es la mano de un hombre, sino la de Dios. En ella podemos confiar. La diaconisa Dorothea Steigerwald modeló entre otras, dos figuras tituladas: “Consolado” y “Siga siendo su niño”. Se ve la mano abierta de Dios en la cual se refugia un niño y recibe protección, calor y amparo. ¿Nos damos cuenta que las dos cosas

van de la mano? Puedo aprender a recibir todo de Su mano, al ponerme a mí mismo confiadamente en Su mano con todas mis preguntas, preocupaciones y temores. No necesitamos una explicación de todos los detalles, si realmente confiamos en Él. (Lea Sal. 18:30; 32:10; Dn. 6:23; Is. 26:3.4.)

Día 3

Job 1:1-22

En la actitud de Job vemos cómo él tomó lo tremendamente pesado y triste de la mano de Dios. Un mensaje desastroso tras otro le tocó sin previo aviso. “Estamos temblando con Job y aumenta al máximo la tensión, cuando Job se despierte a la realidad después del tremendo primer susto. Nos conmueve profundamente como Job expresa su dolor. Él rompe su vestimenta, rasura su cabeza, se tira al suelo y habla a Dios humillado al máximo: ‘Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.’ Todo se le fue, él sufre muchísimo, pero de su boca no sale ni murmuración, maldición ni blasfemia, él reconoce que Dios tiene la libertad de dar o quitar según Su plan soberano. Aunque Job no puede entender a su Dios, de igual manera lo alaba y queda sometido bajo Su mano” (H.Lamparter).

Esa gran pérdida aún no es el final del desastre. Job se enfermó gravemente y sufría físicamente muchísimo. Pero dice: “¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (Job 2:10).

Mas tarde Job discutió vehementemente con Dios y se quejó con Él. Pero se dirige a Dios, al Todopoderoso y experimenta el hablar de Dios con autoridad. Así se desarrolla en la vida de Job una relación con Dios como nunca antes: Lea Job 42:1-6.

Si yo confío en Dios, quiero aprender: De Él viene solamente lo que es bueno para mí. (Lea Ro. 8:28; Job 5:17; Sal. 116:7-9.)

Día 4

Sal. 55:22

“Poner todo en las manos de Dios”

Una mujer comparte lo siguiente: “Cuando estoy en situaciones que parecen sin salida reacciono muy complicada. Cuántas veces ya he experimentado la ayuda de mi Padre celestial... ¿Por qué será que casi siempre tratamos primero nosotros encontrar una solución? A veces me llama mucho la atención y me da vergüenza la profunda confianza de mis hijos.

Por ejemplo en un viaje, cuando parecía imposible alcanzar a tiempo la embarcación, donde había reservado hacía tiempo un lugar para el coche. Un largo e imprevisible atasco de coches nos había robado mucho tiempo. ¿Deberíamos decirle a nuestros tres hijos que sería imposible alcanzar hoy la embarcación y entonces llegar a la isla? Se lo dijimos. Yo me sentía mal. Si perdemos el lugar en la embarcación, podría ser que debieramos esperar varios días hasta llegar a la isla, pérdida de tiempo y dinero sería la consecuencia. Queríamos aprovechar todo el tiempo disponible en la isla que está libre de polen, para que le haga bien a nuestro hijo enfermo de asma. Uno del asiento de más atrás dijo: ¡Llegaremos a tiempo! ¿Cómo lo sabes?, preguntamos mi esposo y yo al mismo tiempo. ‘Bueno, yo he orado’. De este modo el tema se terminó para nuestro hijo, todo estaba bien, y él podía seguir dibujando en su cuaderno.

¿Alcanzamos el puerto a tiempo? Era una lección que tuve que aprender acerca de la oración y confianza. Llegamos dos minutos antes de la salida de la embarcación. Esta era una de las muchas señales de gracia de nuestro Dios, que experimentamos.” “Echa sobre el Señor tu carga”. Esto se hace en oración. Podemos poner todo en Sus manos y dejarlo allí. (Lea Sal. 31:1-5; 37:4; Lc. 23:46; 1.Jn. 3:22.)

Día 5

Gn. 24:1-28.50-52.56-61

¿Acaso hemos meditado alguna vez que para muchas situaciones en la vida no hace falta buscar una vía para saber qué hacer o cómo seguir, sino que tenemos muchos precedentes? Pensemos por ejemplo en Eliezer, el siervo de Abraham. De él se esperaba mucho. Él debía hacer un viaje largo, para buscar para Isaac, el hijo de Abraham, una esposa. Esto le era imposible lograr por sus propios medios. Lo sabía. Pero, a pesar de esto, comenzó el largo camino hacia el lugar natal de Abraham. Por su disposición y su oración nos damos cuenta que Eliezer confiaba en Dios respecto a esta difícil tarea. Después de su llegada a la tierra lejana, oraba: “Oh Jehová, Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi señor Abraham” (v.12).

Eliezer no quiere dejar nada que se haga por casualidad, él espera en el actuar de Dios. Él es el Dios en quien confiaba Abraham, el Todopoderoso, el que hace posible lo imposible. Si Dios es tan grande, ¿no debería ser grande también en lo cotidiano, es decir, en las cosas pequeñas? “Señor, haz que prospere mi asunto.” Dios lo hizo prosperar. Eliezer pidió una señal para reconocer si la joven que encontraría sería la correcta. “La señal que él pide no es un milagro sobrenatural, sino un acontecimiento muy natural. No tenía que servir para el fortalecimiento de su fe, sino para reconocer la voluntad de Dios” (H.Bräumer).

En el momento en que Eliezer había pronunciado su pedido, salió Rebeca, y paso a paso se cumplen las señales pedidas. Con mucho asombro Eliezer se da cuenta del obrar de Dios, adora al Señor diciendo: “El Señor me guió en el camino.” (Lea Sal. 86:11; 32:8.10; Is. 48:17; Sal. 20:6.)

Día 6

1.P. 5:7; Mt. 6:25-34

“Poner todo en las manos de Dios.” Nuestras tareas y necesidades son muy distintas a las de Eliezer, pero tienen una cosa en común: se las puede encomendar confiado a Dios y entregarlas en Sus manos. En esto también se ejerció Martín Lutero: “Os falta algo (o algo os preocupa), decidlo francamente delante de Él, no escondáis nada. Sea lo que fuere, echadlo delante de Él, como si abrierais vuestro corazón delante de un amigo muy bueno. Dios os escucha con agrado, le gusta ayudaros y aconsejaros. No tengáis vergüenza, ni pensad que algo sea demasiado grande o demasiado pesado, animaros a decir todo, aunque fueran bolsas de fracasos, sacad todo. Él es mucho mayor y tiene poder de hacer mucho más de lo que a nosotros nos falte.”

Parte de nuestro fracaso también puede ser que estemos cansados, sin ganas ni ánimo para orar. Un creyente lo dijo claramente: “Cuando quiero orar, me doy cuenta que mi corazón no quiere acercarse a Dios. Mis sentimientos no están dispuestos, aunque sé cuán importante es la oración. Pero, no desmayes, aunque te sientas sin ganas para orar, lucha.

Junto con la lectura de la Palabra de Dios, el tiempo para la oración en la vida del creyente es lo que es más atacado. ¡No desmayes en la tentación! Pues la oración tiene una inmensa promesa. (Comp. Pr. 15:29b; Lc. 11:5-13.) La oración tiene tremendo poder, por eso con plena confianza podemos pedir aquello cuya realización no nos podemos imaginar.” (Lea Pr. 15:8b; Lc. 18:27; Jn. 9:31b; Stg. 5:16.)

Día 7

Sal. 55:22; Fil. 4:5-7

Aquellos personajes bíblicos que oraron y buscaron la presencia del Señor sabían: “La fe es oración con la mirada puesta en Dios y no en los problemas” (O.Chambers). Cuando el rey Ezequías (728-687 a.C.) estuvo en gran aflicción por el sitio de Jerusalén y las blasfemias de Rabsases (2.R.18:13ss), adoró primero delante de su Dios: “Jehová, Dios de Israel, que moras entre los querubines, sólo tú eres Dios de todos los reinos de la tierra. Tú hiciste el cielo y la tierra” (2.R. 19:15). La adoración honra a nuestro Dios, pero también ayuda al orador a reconocer nuevamente lo grande que es Dios, ante el cual se expone la necesidad. Recién después de su reconocimiento del poder soberano de Dios describe Ezequías la situación tremendamente difícil. Aunque Dios la conoce perfectamente, Ezequías la describe como demostración de su confianza. Entonces pone su aflicción en las manos de su Dios: Leemos en 2.R. 19:16-19. Ezequías experimentó la intervención salvadora de Dios en la desesperante situación.

Si estamos atrapados en problemas podemos hacer memoria: “Al ver retrospectivamente nuestra vida, podemos reconocer las múltiples maneras del obrar de Dios y animarnos a entregar los problemas de hoy con toda la confianza delante del Señor. A veces me hubiera gustado que Dios hubiera quitado los problemas durante la noche o me hubiera sacado de una situación difícil. Casi nunca sucedía así como me lo había imaginado, sin embargo algo cambió: La certeza de que el Señor haría algo bueno de una manera inimaginable para mí, me daba aliento y fuerza” (Y.Schwengeler). (Lea Is. 55:8-11; Jer. 29:11-14.)

Día 8

Sal. 138:1-8; 1.S. 24:1-4

“Dejar todo en manos de Dios”

David muchas veces estuvo en tremendas necesidades y peligros de vida. Pero se ejercitaba en permanecer en continua comunión con Dios, sea que los filisteos o Saúl lo perseguían: “Esto sé que Dios está por mi.” (Sal. 56:9b) Situaciones y personas están luchando contra David. Pero Dios está a favor de él. Él está junto al afligido y este pone todo lo que le pesa en las manos de su Señor: “En Dios he confiado; no temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?” (Sal. 56:11)

Huyendo de Saúl David oraba: “...en ti ha confiado mi alma, y en la sombra de tus alas me ampararé hasta que pasen los quebrantos. Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que me favorece” (Sal. 57:1.2). ¡Qué confianza se nota aquí! Esta postura vemos en David cuando buscaba refugio en la cueva y se escondió con sus hombres allí. Entonces Saúl entró a la cueva sin darse cuenta que David estaba atrás en los rincones con sus hombres. Esto parecía ser la oportunidad para David, vengarse de Saúl.

David debía tomar una decisión: ¿Dejaría esta cuestión en las manos de Dios o actuaría él mismo? Aun antes de hacer algo se decide hablar con Dios. Le expone la situación sin

salida delante del Altísimo y cuenta con Su intervención. Encontramos la oración de David en el Sal. 142. ¿Cuáles son las palabras que hablan de su aflicción y cuáles las de su confianza en Dios? ¿Qué expresión me ayudará en mi situación a poner todo en las manos de Dios?

Día 9

1.S. 24:1-13

De repente la vida de Saúl estaba en las manos de su enemigo. En este momento David podía acortar este tiempo peligroso de persecución. ¿Acaso no era necio si titubeaba? El enemigo que lo perseguía y buscaba matarle, ahora estaba en sus manos. “Esta es tu oportunidad” sugirieron algunos de sus hombres. El Señor te había prometido poner en tus manos a tus enemigos, para vengarte de él. Ahora es el momento.”

Pero David vio otra cosa. Él estaba seguro que Dios no quería aquello que parecía lo mejor y lo más acertado. “En ese momento David se encontraba en mayor peligro que nunca antes. Aparecía delante de él una oportunidad brillante para librarse de su enemigo por su propia mano. Así acortaría el tiempo de sufrimiento y tomaría el trono que hace tiempo Dios le había prometido. Podemos imaginarnos con qué atención sus hombres le observaron cuando se acercaba a Saúl con su espada en la mano. ¿La enterraría en la espalda de Saúl? ¡Ojalá lo hiciera! Entonces se asombraron muchísimo de que David solamente cortara un pedazo del manto de Saúl y volviera tranquilo a su escondite. Ellos admiraron a David por su valentía, y ahora, ¿era un cobarde?” (A.Redpath) – ¡Seguro que no! David se había sujetado a la voluntad de Dios: “Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová.”

Porque David puso todo en las manos de Dios y lo dejó allí, pudo abstenerse de hacer mal y frenó también a los seiscientos hombres suyos. (Lea Sal 119:7-12; Mt. 5:44.45; Ro. 12:19.)

Día 10

1.S. 24:14-16

Si David hubiera matado a Saúl hubiera tomado en su propia mano todo el asunto. “Poner mano al mismo hubiera terminado terriblemente. Era muchísimo mejor esperar en el obrar de Dios que intentar hacer algo porque la situación era muy desagradable. Si en nuestra vida acontece algo similar, debemos darnos cuenta de eso. Es muy fácil actuar uno mismo y cuán difícil es esperar en Dios. Probablemente las situaciones actuales son dolorosas, pero las consecuencias serán mucho más dolorosas si actuamos fuera de la voluntad de Dios. Resulta muy difícil aprender la lección que vivía el Señor “quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” (1.P. 2:23). Nos resulta muy difícil esperar la intervención de Dios, y cuán fácil nos es tomar las cosas en nuestras propias manos. Cuesta quedar quieto y ver qué solución traerá el Señor” (A.Redpath).

Ejercitémonos sin vacilar en esto, de dejar todo en las manos de Dios, pues el Señor actuará a favor nuestro a Su tiempo. Así pasó también con David. Cierta día cayó Saúl en las manos de los filisteos. Ellos lo hirieron gravemente en la lucha, y después Saúl se mató a sí mismo. (Comp. 1.S. 31:1-6.)

Es significativo para David que no se gozaba en la muerte de Saúl ni lo odiaba aunque le había hecho tanto daño durante mucho tiempo. Él habla aun después de la muerte de Saúl con mucho respeto, porque lo reconocía como el ungido del Señor. (Lea 2.S. 1:17.23-27; Sal. 27:14; 37:7-9; 40:2; Lm. 3:24-26.)

Día 11

Fil. 4:7; Hch. 12:1-7

“Tomar todo de la mano de Dios, poner todo en la mano de Dios, dejar todo en la mano de Dios, entonces puedes estar tranquilo.” – Hemos leído recién un ejemplo impresionante por la tranquilidad en una situación sin salida: Pedro, líder de la iglesia de los creyentes judíos en Jerusalén, estaba en la cárcel. En aquella noche dormía tranquilo y profundo, estando atado con cadenas a dos soldados. ¿Cómo es posible esto si a la mañana siguiente sería ejecutado? No sería el primero al que aplicarían la pena de muerte. A Esteban, quien había predicado el evangelio de Jesús, lo apedrearon, a Jacobo, el hermano de Juan mataron a espada. Ahora Pedro está custodiado y encadenado en la cárcel. Probablemente esa noche sería la última. “Qué situación debe haber sido para Pedro, cuando violentamente le quitaron su misión y tenía que enfrentarse con la inminente muerte, la que Jacobo ya había sufrido. ¿Se cumpliría ahora lo que el Señor le había dicho a Pedro en aquella inolvidable mañana después de Su resurrección: ‘De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras... le dijo: Sígueme.’ ¿Habrá llegado ahora el momento?” (W.de Boor)

Pero Pedro tuvo esa paz que Dios le dio a su corazón. Esa paz es mayor que todo lo que nos hace temer, mayor que todo lo que podemos pedir y entender. (Lea Nm. 6:26; Jn. 16:33; 14:27; 20:19; 2.Ts. 2:16.17; 3:16.)

Día 12

Hch. 12:1-7; Sal. 4:8

La iglesia oraba intensamente por Pedro. Este durmió tan profundamente que el ángel le tuvo que tocar en su costado para despertarlo. “En paz me acostaré y asimismo dormiré; porque solo tú, Jehová, me haces vivir confiado.”

El pastor Hans Lilje (1899 -1977) comenta en su libro “En el valle oscuro”, que por su tarea pastoral fue encarcelado en 1944 por sus contactos con el “Círculo de Kraisauer” (El círculo de Kreisau era el centro de un grupo de resistencia de definitiva oposición al nacionalsocialismo por cuestión de principios). Él no sabía lo que pasaría con él. Acerca de su primera noche en la cárcel, escribe: “Entonces el Señor me hizo un regalo precioso que muchas veces ya me había hecho tanto bien: el sueño. Me acuesto sobre el catre duro y como en este día habían pasado tantas cosas y el mismo había sido muy largo y difícil, duermo a pesar de lo duro, del continuo ruido nocturno, de la fuerte luz que brillaba sobre mí, profundamente y tranquilo y puedo levantarme a la mañana renovado y con nuevo ánimo, para ver distinta mi situación. Realmente dormí y algún día escribiré acerca del sueño como una manera de alabar a Dios... estar en paz, aunque todo parezca estar en contra de uno, esto es algo maravilloso que muestra al Señor que puede dar esa paz.”

Pero también cuando no podemos dormir, el Señor nos puede y quiere darnos paz y tranquilidad. Como el sueño es un regalo del Señor, no podemos deducir que la falta de

sueño fuera un castigo de Él. Importante es que estemos durmiendo o velando, amparados en Jesús y tranquilos. (Comp. Sal. 3:5; 4:8; 1.P.1:2.6.7; 5:10.)

Día 13

Fil. 4:4-7

Conocemos muy bien las preocupaciones, pero ¿conocemos también el hecho de no preocuparnos, aunque hubiera mucha razón para las preocupaciones? El corazón humano está muy predispuesto a preocuparse. Muchas veces falta la visión clara y concentrada en el Señor y su cuidado para con nosotros. (Lea Mt. 6:25-34.) Alguien dijo: “Aprende a pedir por la fe, no según la preocupación, entonces la oración efectúa el final de las preocupaciones.” Un creyente no tiene la necesidad de preocuparse tanto como si tuviera que arreglarse solo con todos los problemas. Él puede hablar con Jesús y poner todo delante de Él en Sus manos y decirle: “Señor, yo confío en ti.” Así se tranquiliza nuestro corazón inquieto.

Cuando Dietrich Bonhoeffer (1906-1945) fue encarcelado, anotaba oraciones que también llegaron a sus compañeros de cárcel y consolaban sus corazones: “Señor, Dios, gran miseria se apoderó de mí. Mis preocupaciones me quieren aplastar ya no sé que hacer. Dios se propicio a mí y ayúdame. Dame fuerza para sobrellevar lo que tú permites. No permitas que el temor me gobierne, preocúpate de los míos como un buen Padre. Dios, misericordioso y bueno, perdóname todos mis pecados. Yo confío en tu gracia y pongo toda mi vida en tus manos. Haz conmigo lo que tú quieras y como lo quieras. Sea que viva o que muera, estoy contigo y tú estás conmigo, mi Dios. Señor, espero tu salvación y tu reino. Amén.”

Dos años más tarde, poco antes de terminar la guerra, Bonhoeffer fue ejecutado en el campo de concentración “Flossenbürg”. Él había puesto con toda confianza su vida y su muerte en las manos de Dios. (Lea He. 4:14-16; 11:1; Ro. 8:38.39.)

Día 14

Sal. 91:14-16

“Para Jesús el asunto de preocuparse es solo paganismo. Porque el preocuparse hace caviloso, porque preocuparse significa preguntar temeroso: ¿qué haremos?, porque las preocupaciones ponen un velo gris sobre el presente, por eso Jesús dice: ‘¡No se preocupen!’ Y nuevamente lo repite: ‘¡No se preocupen!’ Lo vuelve a decir como en una clase escolar, para que cualquiera lo capte bien: ‘¡No se preocupen!’ ¿Pero cómo es posible esto? ¿De qué manera nos podemos soltar de las preocupaciones?

Jesús no se refiere el tener el apropiado cuidado, quiere decir tomar precauciones. Precaución o prevención es permitido, pero preocupación es prohibido. Esto es cuestión del “Jefe”. Por eso se la debemos entregar a Él.

Yo he trabajado dos años en el liderazgo de la iglesia. Allí existe la buena costumbre de delegar cuestiones al lugar correspondiente. Se pone una pequeña notita y el acta desaparece del escritorio. Lamentablemente este asunto tiene un problema. Si cada uno hace lo mismo, el acta hace la vuelta y llega nuevamente a mi escritorio por el efecto bumerán. Allí queda y se trata con ella como nos convenga. Yo sé muy bien que este trabajo no es fácil.

Johann Albrecht Bengel señaló ya en aquel entonces: ‘El preocuparse y el orar luchan uno en contra del otro mucho más fuerte que agua y fuego.’ Pero como esta batalla no es imposible de ser ganada, podemos enfrentarla. Cuando Martín Lutero ya estando enfermo y

sintiendo que la muerte se acercaba, no permitió que le impidieran hacer un viaje importante. A la noche escribió a su esposa, que en su salida se había sentido muy preocupada, entre otras cosas,: 'Ora y deja a Dios la preocupación. Echa sobre el Señor tu inquietud, él se preocupa por ti'" (K.Eissler). (Lea Sal. 23:1-6; Fil. 4:19.)